

LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL



Por Alejo Brignole

Si hubo algo que marcó trágicamente la historia política y social de América Latina en la segunda mitad del siglo XX fue la denominada Doctrina de Seguridad Nacional (DSN).

Diseñada por Estados Unidos como instrumento ideológico para combatir el comunismo, a su amparo los ejércitos latinoamericanos fueron convertidos en aparatos de represión interna al servicio de las políticas de Washington. En el contexto de la Guerra Fría, la doctrina fue un recurso táctico que sirvió para arrasar selectivamente todo vestigio de resistencia u organización social contraria a los intereses estadounidenses en América Latina.

Bajo un esquema dialéctico endeble y falaz (la defensa de Occidente y sus valores), Washington difundió e impuso esta línea táctico-operativa en todos los ejércitos regionales, entrenando a oficiales de graduación baja y media y apoyando a generales golpistas para

que se lanzaran a interrumpir los procesos democráticos, sabiendo que tenían el respaldo del Pentágono y la anuencia de la Casa Blanca.

Desde finales de la década de 1960, las diferentes administraciones estadounidenses se dedicaron a modernizar nuestros ejércitos y promover un fluido tránsito de asesores militares que impartían directivas y monitoreaban las acciones, los centros de tortura y la coordinación hemisférica de la represión, como el célebre Plan Cóndor: lo más cercano a Auschwitz que vivió la región.

La finalidad aparente de la Doctrina de Seguridad Nacional, fue contener el avance de ideas socializantes —o cualquier otra interpretación soberana de la realidad— en el tablero político y social de América del Sur que, luego del exitoso y contagioso ejemplo cubano, preocupaba considerablemente a Estados Unidos, cuyos intereses económicos y estratégicos en América Latina siempre fueron de primer orden.

Si una cosa siempre estuvo clara para EEUU desde la Doctrina Monroe y aquel Corolario Roosevelt de 1904 (véase en la edición del 30 de abril de 2017 en Democracia Directa la nota Los Fundamentos Doctrinales del Imperialismo) fue que no dejaría afianzar procesos marxistas o nacionalistas de cualquier signo en su zona de influencia regional, al sur del Río Bravo. Pero en realidad, después de este barniz ideológico y de contención estratégica, la DSN fue el instrumento para una represión destinada a blindar los intereses corporativos estadounidenses en América Latina. Mediante la imposición de dictaduras y la aplicación sistémica del terrorismo de Estado, EEUU desalentó cualquier intento de liberación económica o nacionalización de recursos estratégicos. Fue así que los múltiples genocidios perpetrados desde los aparatos estatales en Guatemala, el Salvador, Argentina, Chile, Bolivia o Uruguay, etc., resultaron una eficaz herramienta para la sumisión jurídica y económica de nuestras naciones, siempre bajo el justificativo de la Guerra Fría.

Desde un análisis histórico, económico y social, la Doctrina de Seguridad Nacional debe verse como un paraguas estratégico que abarcó múltiples áreas en el complejo juego de la dominación imperialista, pues junto con la ideologización de militares latinoamericanos (en la Escuela de las Américas, Fort Bragg, etc.) también Washington se aseguró el desembarco de técnicos y economistas que dirigieran las economías nacionales en la dirección buscada: transferencia de la riqueza nacional, dependencia del crédito externo, desindustrialización y sometimiento a los esquemas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

La transferencia patrimonial en favor de holdings externos que hicieron ministros de Economía, como José Alfredo Martínez de Hoz, en Argentina, o Pablo Baraona y Hernán Büchi en Chile durante el gobierno de Pinochet (todos ellos estudiantes de la Escuela de Chicago y adscritos a las ideas privatistas de Milton Friedman), resulta medular para comprender ese período latinoamericano, luego reforzado en democracia durante la década neoliberal de 1990.

De manera sencilla, podríamos sintetizar a la Doctrina de Seguridad Nacional como una estrategia de tres pilares: dictaduras obedientes al Pentágono, seguidas de un terrorismo de Estado diseñado regionalmente, y la entrega jurídica y económica del aparato productivo nacional de cada país.

Este esquema, que no debe analizarse por separado sino como una articulación programática, fue tal vez la mayor expresión del imperialismo estadounidense en nuestra historia reciente, pues mostró sin fisuras ni maquillajes la vocación injerencionista y el carácter de lesa humanidad que imprime Estados Unidos en sus políticas exteriores.

Ampliando un poco la mirada, veremos también que América Latina sirvió como laboratorio de ensayo para las políticas llevadas hoy adelante por Washington en todo el mundo a partir de la Era Bush (h): las guerras preventivas, los centros globales de tortura, y la adueñación de recursos estratégicos en países periféricos. Y si en los años de La Guerra Fría los cerebros de estos genocidios y doctrinas fueron estrategas, como el secretario de Estado Henry Kissinger, o Zbigniew Brzezinski; en la reciente Era Bush, sus continuadores fueron personajes, como Paul Wolfowitz, o Donald Rumsfeld, manteniendo así una coherencia estratégica como herramienta hegemónica que se sirve de crímenes contra la humanidad para su realización.

En el ámbito estrictamente militar, la Doctrina de Seguridad Nacional fue un apéndice de la llamada Doctrina Nixon de 1969, cuyo eje estaba en lograr que las naciones aliadas —o sumisas— a Estados Unidos se hicieran cargo de su propia defensa interna combatiendo movimientos sociales y eventuales guerrillas armadas.

Fue a través de esta interpretación táctica que el Pentágono inició el adoctrinamiento de los ejércitos sudamericanos (y también del sudeste asiático y del África subsahariana) para que intervinieran en la contención y aniquilación de los “enemigos internos”. Esta interpretación perversa fue determinante, pues convirtió a nuestras FFAA en una eficaz avanzadilla

estadounidense inserta en los aparatos estatales. Aún hoy, los ejércitos regionales están ideológicamente afectados por estas influencias contrarias y enemigas de toda realización latinoamericana. Las bases militares estadounidenses en América Latina, la falsa “lucha antidrogas” y los intercambios entre oficiales de carrera, colaboran con estas penetraciones muy enquistadas en las estructuras castrenses.

Por fortuna existen claros e históricos cambios para revertir estas tendencias neocoloniales, como la Escuela de Comando Antiimperialista Gral. Juan José Torres Gonzáles, fundada por el Estado Plurinacional de Bolivia, verdadero centro de reeducación política y humanista para los nuevos ejércitos latinoamericanos. Para que nunca más sean nuestros enemigos externos, los que nos digan cuáles son los enemigos internos: el obrero, el campesino, el ciudadano o el intelectual comprometido. Todos ellos víctimas de las torturas y las desapariciones orquestadas por la Doctrina de la Seguridad Nacional estadounidense.